

estaba á las puertas de la muerte. Para consolarla, le dijo la doncella que su amante la escribía como siempre, pero que, por orden del doctor Barralde, no le podían entregar las cartas sino después de tres ó cuatro días.

Lili no insistió; pero, á pesar de eso, el doctor no consiguió impedir aquel vértigo amoroso de por las mañanas, aquel síncope que iba concluyendo de matar á Lili, porque el simple sonido de la campanilla ejercía sobre ella la misma influencia que la carta. Llegó á tal punto, que el Doctor suprimió la campanilla. Pero todo era inútil: Lili espiró en medio de un último desvanecimiento.

Se le habían recogido todas las cartas que guardaba bajo su almohada, menos una que logró ocultar. Un día la tomó, y se incorporó un poco para verla mejor; la devoró á besos, y espiró lanzando un grito del más supremo y voluptuoso amor. Barralde me ha referido esta escena punto por punto, como médico y como fisiologista.

No era la primera vez que asistía á aquel espectáculo de la pasión que no domina la muerte; pero lo que él no había visto nunca era, no diré una más bella, pero sí una más casta y más pura víctima sacrificada sobre las aras de Afrodisa. ¡Lili se había sacrificado á sí misma!

XXVII.

Los rosales de Lili.

Esther no podía consolarse de no volver á ver á Lili. Quiso ir á llorar á la casa que tan desprendidamente le había amueblado en la calle Mogador; pero la primera vez se detuvo en la escalera; al fin la segunda traspasó los umbrales, y derramó abundantes lágrimas; encontró algún consuelo en respirar en los mismos sitios en que su hermana había vivido.

De pronto quedó sorprendida al ver dos rosales magníficos sobre la chimenea de la alcoba. ¿Quién había llevado aquellas flores?

Bajó y preguntó al portero por qué milagro se encontraban allí aquellas rosas, puesto que ni su madre ni sus hermanas habían vuelto á casa de Lili. Pero el portero dijo que no lo sabía.

Esther subió, acompañada del portero, y le rogó que bajara los rosales y los colocara en su berlina.

De la calle Mogador se fué directamente al

cementerio del P. Lachaise, y colocó los rosales en la tumba de la muerta.

Algunos días después volvió á casa de Lili con sus dos hermanas más pequeñas. Dos preciosos rosales habían sustituido á los primeros.

—Este es el milagro de las rosas,—dijo Esther.

Pero esta vez deshojó las flores sobre el lecho de la pobre Lili.

Nuevas preguntas al portero, que respondió: «No lo sé,» como la vez pasada.

Volvió otro día á emprender aquella triste peregrinación, y por tercera vez volvió á encontrar otros dos rosales frescos y lozanos.

El portero juró una y mil veces que ignoraba de dónde y cómo venían aquellos rosales.

¿Era quizás el amante de Lili, que, poseedor de una segunda llave de la casa, se introducía á media noche, á paso de lobo, como un verdadero ladrón, para llorar á la pobre niña?

Cuando la familia de Lili recogió, á manera de recuerdo, los muebles de la desgraciada joven, Esther empezó por llevarse los cuatro rosales para colocarlos sobre la chimenea de su alcoba. Le parecía que la pobre Lili revivía en las rosas. Por eso un día que una amiga de la casa, no sabiendo la historia, quiso coger una flor, Esther, terrible como en Camila, corrió, gritando á la sacrilega:

—¡No toques! ¡No toques!

XXVIII.

La Marsellesa.

Todos los comediantes se alababan de haber sido los maestros de Esther: Saint-Aulaire, Samson, Beauvallet, Prevost. No faltó ni el terrible Légier, que no le enseñara el arte de hacer estremecer al público. Éste siempre dejaba atrás el objeto que se proponía, pero se figuraba ser el primer trágico del mundo. Esther respondía cuando le hablaban de todos aquellos maestros:

—Es verdad; me han enseñado todo lo que ignoran; pero mientras ellos hablan, yo no obedezco sino á un maestro invisible.

El maestro invisible era su talento. Dió buena prueba de él cantando la *Marsellesa*.

Después de la revolución de Febrero, como estaba el teatro en las calles, nadie entraba en los coliseos. Aquello fué casi casi la miseria para todos los actores, porque en aquellos tiempos no habían alcanzado la fortuna, como hoy día. Esther quiso salvar á sus compañeros. En 1830 había cantado en los cafés de Lyon la *Parisiense*